



## LOS NIÑOS DE LA GUERRA: *En Bosnia, Damir tiene miedo*

Francis Maqueda (traducción y adaptación: María Flórez-Herrero)

**T**engo delante de mí, como si de un run-runeo se tratara, los versos apresurados que hace tres años escribió mi buen amigo J. Luis:

*Ciertamente Belén no es Sarajevo*

*¡este lujo de olivos y esa estrella de plata!*

Y junto a ellos, las historias de Damir y Radu. Historias de niños de la guerra. De esa guerra cruel y del abandono humano que todavía hoy recordamos amargamente y que no pocos intentan olvidar.

Junio de 1992. Mañana tibia, húmeda y tensa. Los bombardeos que asedian una pequeña ciudad de Bosnia central se hacen, por momentos, más y más aterradores. Damir tiene catorce años, es el último hijo de una familia de paisanos que viven en la periferia de esta ciudad croata musulmana, situada sobre una de las líneas divisorias del frente establecido entre serbios, musulmanes y croatas. Su hermano mayor tiene dieciocho años; ya está alistado en la armada bosnia, es tirador de élite, de esos que esperan apostados en una ventana a que un distraído cooperante o ciudadano atemorizado cruce la calle... Su hermana es médico en el hospital de una ciudad próxima. Damir tiene miedo: sus padres se encuentran, sin duda, divididos entre el terror de una muerte inminente y la idea de preservar su casa, sus enseres y su ganado. En la precipitación y en un reflejo de supervivencia, esconden a Damir en el coche de un primo que se exilia a Alemania y debe dejarlo en Split, en la costa dalmata, en un centro de paso para refugiados situado en la isla de Brac, antiguo paraíso de turistas occidentales (en los antiguos hoteles y centros turísticos ya hay más de 3.000 refugiados que se hacinan sin más alimento ni vestido que lo procedente de la ayuda humanitaria del ACNUR). Damir tiene una habitación que comparte con otro chico abandonado, en uno de esos complejos turísticos frente al mar. Preciosas vistas aunque triste compañía.

En uno de los grupos de niños que dan vueltas en la estación convertida en refugio, aparece

un chico que se dirige a nosotros en un francés aproximado pero comprensible. Se llama Radu. Pide un poco de dinero, cigarrillos, chicle. Todo a un ritmo desenfrenado, como una letanía habitual destinada a extranjeros de paso. Hablamos un poco. Tiene catorce años a pesar de que por su apariencia podría tener once. Ha pasado su infancia en uno de los orfanatos de los que oímos hablar regularmente. El trabajo de las ONG ha conseguido encontrar a su familia. Como muchos de esos niños, no estaba verdaderamente abandonado sino depositado allí. Un niño de sobra... Condiciones materiales precarias y esa cuasi-tradición rumana de confiar los niños a las instituciones. Antes tenían, sin embargo, buena reputación. Pero el encierro totalitario que es una guerra hecha a la población, ha transformado estos lugares en guarderías-cementerios. Los rumanos han bautizado a estos niños: son los niños de Ceacescu, debido a la prohibición de abortar promulgada por el dictador. Radu, devuelto a su familia, no se quedó en ella. Después de tantos años de separación, los lazos se han aflojado o han estado de tal modo idealizados, que la realidad acaba con todos los engaños. Se ha salvado viniendo hasta aquí en tren, apiñándose con los otros niños. Esnifa como muchos de ellos pegamento en una bolsa de plástico y, con cierta frecuencia, ejerce la prostitución para sobrevivir. Por la noche, cuando no duerme en la estación, se escapa por los sótanos con sus compañeros....

De nuevo los versos aparecen como recuerdos lejanos:

*Es natural, yo creo,  
robar lo que la guerra desparrama,  
lo que aparece entre las piedras  
de las casas quemadas  
o encima de un soldado  
al que nadie reclama  
con su equipo en buen uso todavía  
y que ya no le sirve para nada...*